

Nina Melero

TE HE BUSCADO

Estaba tan cansada que no podía dormir. El tren cabeceaba, ondulante, arrastrándose pesadamente por un nuevo desierto. Eran las dos de la madrugada y le temblaban las manos de angustia y agotamiento. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué había decidido coger un tren? ¿Qué pasaría cuando acabara la reunión? ¿Conseguiría lo que quería? Para las dos primeras preguntas no tenía respuesta: quizá un capricho, una decisión extraña como las que estaba tomando en los últimos meses, sin sentir, sin saber. Se sentía rara. Por lo demás, sabía con certeza lo que ocurriría al día siguiente, por una sencilla razón: era lo que había sucedido siempre, desde el principio. Eva Azuví, doctora en políticas, agregada cultural de la embajada de su país, experta en oratoria y protocolo, conseguiría todo aquello que desease. Su verbo fácil, su brillante discurso construido a base de argumentaciones sin fisuras y mucho, mucho talento, le habían granjeado el respeto y la admiración de algunas de las grandes figuras de la profesión. Tenía treinta y cinco años y una carrera prometedora por delante, estaba ganando mucho dinero, viajaba, el trabajo le ofrecía la presión y la inquietud que necesitaba para vivir, las ganas de aprender y ser mejor. Entonces, ¿qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué tenía tanto frío? Algunas cosas no marchaban bien desde hacía tiempo, desde que no podía tomarse ni un día de vacaciones, desde que le dijo a Julián que por

favor desapareciese de su vida. Desde que murió su madre. Sin embargo, no se trataba de nada de eso. Era una nada distinta, una nada silenciosa y terrible la que la estrangulaba ahora. Y presentía, que, de alguna manera, ella tenía la culpa.

El tren se detuvo lentamente y entre las cortinillas comenzaron a filtrarse unas luces sucias, lechosas. Unas luces de estación. A medida que se aproximaban al esqueleto negro de los andenes, Eva Azuví se preguntaba para que construirían aquellos apeaderos en mitad de la nada, lejos de cualquier ciudad, de cualquier lugar. En medio del desierto. Las puertas se abrieron de todas formas y el vaho dibujó una forma extraña en su ventanilla. A ver si cerraban de una vez: entraba un frío aterrador y estaba claro que nadie iba a subir ni a bajar del tren en aquel lugar. O quizás sí.

Tras el chasquido de las puertas, Eva esperó inconscientemente sentir el silencio habitual, previo a la puesta en marcha de los motores. Sin embargo, en el corredor se oían unos pasos que se aproximaban hacia su asiento. Eran las tres de la madrugada, la ventanilla reflejaba las luces del interior. Alguien había subido al tren.

Eva sintió un golpe en el hombro. Alzó la vista y vio a un hombre alto y vestido de negro que se disculpó en una lengua desconocida y se dejó caer en el asiento delante de ella. Tenía los ojos hundidos y las facciones angulosas, rotundas. El chaleco viejo y una corbata muy, muy estrecha



que llevaba le daban un aspecto algo extraño, que no permitía una asociación con nada ni con nadie. Al darse cuenta de que le estaba mirando, el hombre le sonrió. Ella apartó la vista, sorprendida y avergonzada, y se preguntó de nuevo por qué demonios no habría cogido un avión.

El tren daba tremendas sacudidas contra los raíles, como si tuviera que abrirse camino por primera vez a través de aquella oscuridad. Mientras Eva Azuví intentaba dormir un poco, el hombre sacó algunos libros de la maleta que llevaba y empezó a escribir algo en un cuaderno. Ella le miraba con los párpados a medio cerrar y, entre pestaña y pestaña, veía su cara de concentración, el labio inferior prendido ligeramente bajo los dientes, y pensaba..., pensaba que nunca había visto a nadie así. Por un momento se sintió tremendamente infantil al descubrirse imaginando cosas sobre él, y tras un instante esa sensación dio paso a un profundo malestar, a una especie de frustración confusa, de tristeza inexplicable. Intentó pensar en la reunión del día siguiente. Todo saldría bien, su discurso, la cena oficial, el... ¿Por qué había cogido un tren? Si se recogía el pelo se sentía más cómoda al hablar. Quería dibujarle. Pintarle sentado, así, como estaba, escribiendo en aquel cuaderno mugriento, la manaza sujetándose la barbilla. Buscó en el maletín. Tenía un bolígrafo, pero hacía mucho tiempo ya que no llevaba ninguna libreta. Cuando iba a la universidad le gustaba ir apuntando cosas, pintando a la gente. Pero el mundo ya no era así. Era distinto. De todos modos, encontró un papel, lo dobló en cuatro y, con cuidado de colocarlo de modo que él no lo viera, comenzó a trazar el perfil del hombre, imitando la curva del cráneo, de los hombros. Quería reflejar esa especie de sonrisa seria, ese aire de honestidad anacrónica que tenía. A punto estaba de terminarlo,

cuando el hombre le dio un golpecito en la mano. La mujer se sobresaltó, pero se recompuso enseguida. Él sonreía y le decía algo con palabras que ella no podía comprender. Como no le entendía, finalmente el hombre extendió la mano y le ofreció el cuaderno en el que él había estado escribiendo. Al mirarlo, Eva descubrió algo confundida que allí no había nada escrito, sino sólo un dibujo. Era un retrato de ella: parecía ser que se habían dibujado mutuamente sin saberlo. La mujer sonrió incómodamente sin saber qué decir. Bueno, en realidad sí que lo sabía, sólo que no supo en que idioma hacerlo.

Cuando se quiso dar cuenta de que el papel que había utilizado ella estaba claramente a la vista sobre sus rodillas, ya era demasiado tarde. El hombre lo cogió con naturalidad y se miró en el dibujo. Sonrió y comenzó a decir cosas en aquella lengua desconocida, cosas que ella deseaba comprender de una manera que no había deseado nada en mucho tiempo. Su cerebro, embotado por horas de vigilia y vías muertas, luchaba por descifrar lo que escuchaba, por establecer conexiones entre las palabras extrañas y las realidades conocidas, manejables. A lo largo de su carrera profesional, Eva Azuví había aprendido a hablar correctamente cuatro idiomas y tenía conocimientos bastante sólidos de otros dos. Sin embargo, los sonidos de las palabras del hombre no se asemejaban a ninguno. Cuando él le dio la mano e intentó presentarse, Eva sintió una especie de vértigo que intentó justificar con la falta de sueño y lo inusual de la situación. Estaba acostumbrada a resolver problemas muy complejos sin que le temblara el pulso ni la voz, se desenvolvía con naturalidad en encuentros de mucha tensión y era capaz de convertirse en el punto de referencia en situaciones en las que había mucho en juego.

¿Cómo iba a admitir ante sí misma que se moría de miedo de pensar que aquel desconocido pudiera bajarse del tren en la siguiente estación y desaparecer para siempre?

El hombre intentó explicarse por señas: se puso la mano en el pecho y pronunció la palabra "Branco". ¿Sería su nombre o su apellido? Después señaló a Eva con gesto de interrogación. Y ella, por primera vez desde hacía muchos años, se presentó simplemente así, con el nombre de Eva, señalándose instintivamente el pecho con la mano.

Ahora empezaba a darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo: en un momento se le había arrebatado la mejor de sus armas: las palabras con las que acariciaba y cercenaba, con las que dirigía y confundía. Las palabras con las que derribaba a otros y con las que se había construido a sí misma. Palabras y más palabras, todo lo que era y tenía, la abandonaban ahora inesperadamente.

El hombre se cambia de sitio y se sienta a su lado, creyendo que sus gestos se entenderán mejor así, que su mirada parecerá más clara. Eva piensa en lo cerca que está su mano, y su cara, y sin saber por qué, le ofrece su maletín, se lo abre. Acto seguido se pregunta a sí misma qué demonios está haciendo. Él mira sus papeles, las actas y la memoria. Los separa cuidadosamente, igual que si fueran pergaminos antiguos, y los examina despacio, como si en todos esos símbolos incomprensibles para él se escondiese todo lo que ella es y desea. Cuando termina de estudiarlos, la mira en silencio durante un buen rato. Después sonríe entornando los ojos y la invita a coger sus libros, su petaca metálica, sus cosas.

Poco a poco descubren que, sin la lengua, ambos se han convertido en seres primitivos, que sólo pueden fiarse de los gestos, de las miradas

del otro. Porque sin la lengua no se puede mentir, ni decir la verdad. Se es sólo uno mismo.

El tren no se detendrá jamás, y los raíles rechinan como una gigantesca dentadura, y Eva siente la mano del hombre, temida y deseada, sobre el hombro, acercándola hacia él. No lo hace de forma violenta, pero el gesto no admite resistencia. Cuando comienza el beso se siente estremecer. El miedo que le produce su propia reacción consigue que, de alguna manera, lo desee más; no sabe qué es lo que ocurre y por qué no puede dejar de pensar estructurando meticulosamente las frases, como si fuera a decirlas en público. Sólo sabe que nunca ha sentido a nadie tan cerca, que nunca había echado de menos a alguien que ni siquiera conocía. Le coge la mano, el pelo. Le recorre la cara con los dedos y él se deja explorar, la acerca hacia sí, la abraza. Le dice algo mirándola de frente: es su nombre, las tres letras transformadas por los sonidos extranjeros, su nombre reinventado en una nueva lengua.

Branco busca un papel, escribe algo y se lo da. Señala las palabras con el dedo, la invita a leerlas, las pronuncia en voz alta: "*Srolje dube albria*". Eva mira los símbolos incomprensibles e intenta descifrar los sonidos. El hombre vuelve a besarla. Ella quiere preguntarle, buscarle, encontrarle. Pero el tren se detiene. Y Branco se pone en pie.

Eva mira por la ventanilla, pero no se ve nada, sólo un vacío negro idéntico al de la estación anterior. Branco coge su bolsa. Va a bajarse. Va a bajarse del tren, de nuevo en medio del desierto. Eva se queda paralizada en el asiento. Siente miedo. Él se queda mirándola. Por favor, que se cierren las puertas y no le dé tiempo. Pero Branco no parece darse ninguna prisa, sino que le coge la mano con serenidad y la invita a seguirle. ¿Pero



a dónde? ¿Cómo va a bajarse con él? Eva no puede moverse, no puede pensar. Tiene que tomar una decisión, pero por primera vez en su vida no sabe cuál de las opciones desea o teme en mayor medida.

Cuando finalmente retira su mano de la de Branco, se da cuenta de que una sombra de confusión y de pena le empaña momentáneamente los ojos.

Un frío tremendo, primitivo, entra en el vagón. El hombre ya no está.

Al oír como se cierran las puertas Eva siente una punzada en el vientre y unas horribles ganas de llorar. Pero no va a hacerlo. No va a permitirse semejante cosa, no va a derrumbarse ante sí misma. Prefiere que se le abrasen los ojos de la rabia antes que soltar una sola lágrima. Sin embargo, algo ha cambiado. Y lo que más le asusta es que no sabe lo que es.

Las primeras luces del día entran ya por la ventanilla, descubriendo el asiento vacío, el papel arrugado en su mano. "*Srolje dube albria*", había dicho. "*Srolje dube albria*"...

Eva apoya la cabeza en el cristal. Al amanecer, descubre que el tremendo vacío negro del desierto era, en realidad, el mar.